

A C T I T U D E S

P O E M A S

POR Enrique ENGUIS

Como el vapor rasgado
por dos trenes al cruce,
reposadas y tibias
en hilos que se pierden,
humeaban las cenizas.

Del abrazo del fuego,
de su dorada aura
que de los troncos secos
las llamas arrebatan,
sólo unos huesos quedan.

De la cuna leyenda
del mítico Ave Fénix,
del amor que, en la noche,
sorprendió la mañana...
Ahora duermen dos almas.

Ecós del viento llevo en mi equipaje,
sueños y nieblas dulces del oriente;
musas y sombras pálidas e inquietas
por estrenar la luz fin de viaje.

Como a la playa, el mar, mi mente
lleva algunos latidos y suspiros.

Náufragos y vehementes escondidos
que consigue arrancar del oleaje.

Después de rescatados y vestidos
de mi pulso —metafórico traje—
dejan de ser unos desconocidos
para pasar a ser supervivientes.

Un transparente surco se trenzaba
desde una boca gris de piedra
hasta las aguas quietas del estanque.
Un racimo de gotas temblorosas
que se bordaba ingrávido en el sol.

En el curvo camino de su suerte
los destellos brotaban vergonzosos,
y un chapoteo insistente, por sonata,
era la voz profunda y armoniosa
como telón discreto del amor.

El sueño es el velero
que navega complacido
en las aguas tranquilas de la noche,
y al paso por la mente
desborda el cauce
de la imaginación y el entendimiento,
produciendo un oleaje de fantasía
donde se ahoga toda realidad.

Las cortinas echadas en la estancia
con pudor translucían la ventana,
guardando en amorosas ondas
la penumbra y la luz de la distancia.

Por uno de sus pliegues se filtraba
un triángulo de luz
que, entre sombras, a pasos temblorosos
al avanzar hacia el recinto daba.

Era un rayo de sol tenue y velado
que, confuso y atónito, dudaba
al adentrarse solo por la sala.
Difuso y tibio, sin fuerza cegadora,
a la cuna del niño acariciaba,
delatando en su cauce dilatado
los átomos de polvo
que en la tiniebla nadan.

Sobre un feudo de acordes y de tonos
mis poros hierven, como la lava de un volcán,
derritiéndose en mí los ácidos arrecifes
dominantes de antaño;
emergiendo las ondas cristalinas
de un frenesí coral de ascuas.

Suspendidas y quietas
en el cristal entre el polvo,
vi las gotas.
Forma de medialuna
y con el alma presa,
esparcidas y yertas.

Me parecen mosaicos
de lágrimas austeras,
tejidos, silenciosos,
mientras la lluvia suena.

Fueron las escampadas gotas
víctimas de su propio beso.
Olvidadas del tiempo,
en su balcón exilio,
que murieron al sol
en áfono delirio.

...De otra lluvia lavadas,
las gotas venideras,
nueva presa del polvo
las rezagadas quedan.